

lo relativo y lo absoluto. Concebir un conocimiento allí donde ese modo de filosofar pone rigurosamente lo desconocido, es no conciliar, sino yuxtaponer las incompatibilidades."

Tocamos aquí el fondo de la filosofía positiva, el fondo mismo del pensamiento de M. Littré: programa de una neutralidad obligatoria, tan formal cuanto es posible, sobre las causas y los orígenes del mundo. ¿M. Littré le ha sido fiel en la práctica? ¿Los otros positivistas le han sido más fieles que él? Por otra parte, en filosofía, lo mismo que en política, ¿se ha observado alguna vez escrupulosamente un programa de neutralidad? Muy difícil es, á ménos de ser resueltamente escéptico, mantenerse en un medio químico y conservarse en un equilibrio estable. Son éstas situaciones casi imposibles, imaginadas con frecuencia, pero raras veces sostenidas; y casi siempre sucede que si las neutralidades de éste género se inclinan de un lado, es más bien hácia la negacion que hácia la afirmacion. Ni hay que sorprenderse de esto: tomando las cosas en su enlace natural y al espíritu humano en su lógica, no puede ser de otra manera. La razon cede, sin darse bien cuenta á sí misma, á ese atractivo de los grandes problemas, tanto más irritantes cuanto más se le prohíben, é instintivamente, en tales situaciones de espíritu, se inclina á resolverlos en uno ó en otro sentido, de preferencia en el sentido de la negacion; porque en el acto primordial, en el acto por el cual se aparta como inaccesible ese género de problemas, hay ya un esfuerzo hostil por el que se trata de dominar y rechazar los instintos metafísicos y religiosos de la humanidad. Se toma partido al creerse neutral, pues semejante neutralidad no se obtiene sino al precio de cierta violencia que el espíritu ejerce sobre sí mismo. (1)

Esto es lo que pasa con M. Littré. Cuando rompe ese equilibrio ideal en que vanamente espera mantenerse, no es en provecho de los espiritualistas y de los metafísicos, es á sus expensas y en provecho de sus adversarios. ¿Se necesitan pruebas? Abundan para la mano que recorre al azar los escritos filosóficos de M. Littré. Habria cierta puerilidad en hacer sobre semejante materia una guerra miserable de textos; sin embargo, es preciso citar algunos para poner fuera de toda contestacion posible una asercion tan grave. Hé aquí, por ejemplo, lo que leemos en las *Palabras de filosofía positiva*: "El universo se nos ofrece ahora como un conjunto que tiene sus causas en sí mismo. La *inmanencia* es la ciencia que explica el *universo* por causas que están en él..... La *inmanencia* es directamente infinita; porque dejando los tipos y las figuras, nos pone sin intermediario en relacion con los eternos motorés de un universo ilimitado, y descubre al pensamiento estupefacto y atónito los mundos llevados sobre el abismo del espacio, y la vida llevada sobre el abismo del tiempo." (2) Parece que hay aquí una doctrina bien explícita. Opónese á la idea de la trascendencia la de la inmanencia que explica el universo por causas que lleva en sí mismo, sostiene que tiene en sí su principio y su razon de ser, su necesidad y su eternidad. Hé aquí una afirmacion que traspasa singularmente "la esfera de los hechos verificables y de las leyes demostradas."

(1) Ya hemos tocado este punto, que no carece de importancia, en el libro intitulado *el Materialismo y la Ciencia*, cap. III.

(2) Página 34.

Si se trata no ya del origen del mundo sino de la naturaleza del alma, M. Littré no guarda tampoco en la práctica la neutralidad que tan vivamente recomienda en sus programas. El alma para un positivista consecuente, deberia ser una *x* pura, una incógnita, la causa inconocible de los fenómenos de pensamiento, de sentimiento y de voluntad, sea que esa causa se resuelva en el organismo, sea que constituya un principio distinto y superior. No es dudoso, sin embargo, que M. Littré toma partido contra el alma en tanto que es alma, reduciéndola á no ser más que una funcion del sistema nervioso. De muy buena gana concede su patrocinio, el honor público de su nombre y de un prefacio á libros tales como el de M. Leblais, *Materialismo y Espiritualismo*, en que una de las dos doctrinas queda muy maltratada en provecho de la otra; lo que muestra bien que la neutralidad diplomática de los positivistas oculta un tratado secreto de alianza con los adversarios del espiritualismo, enemigo comun, y que habria cierto candor en imaginarse que en la gran contienda de las doctrinas sus preferencias ó sus votos sean equívocos.

En el prefacio puesto al libro de M. Leblais, sostiene M. Littré que el pensamiento es á la sustancia nerviosa lo que la pesantez á la materia, es decir, un fenómeno irreducible, que en el estado actual de nuestros conocimientos es para sí mismo su propia explicacion. "Lo mismo que el físico reconoce que la materia pesa, el fisiologista hace constar que la sustancia nerviosa piensa, sin que ni uno ni otro traten de explicar por qué la una pesa y lo otra piensa." Seguramente que tales proposiciones no serian desechadas por M. Moleschott ni M. Carl Vogt. Siempre que se trata del alma, M. Littré se inclina visiblemente hácia las doctrinas del fisioquimismo. Combate en alguna parte una proposicion bien inocente de M. Cournot, quien dice "que el hombre no ha concebido el alma sino para darse cuenta de su propia naturaleza, de sus facultades superiores, de hechos de conciencia que nada tienen de comun con los que el fisiologista estudia científicamente."

M. Littré protesta contra esta tésis de un semi-espiritualismo que le inquieta: "En materia de estudios psíquicos, declaro, estoy del lado de los fisiologistas y no del lado de los psicologistas. Haré todas las concesiones que se quiera sobre las tinieblas que envuelven todavía ciertos fenómenos psíquicos; pero no por eso es ménos cierto que todos los hechos de conciencia pasan en el cerebro, que no existen sin cerebro, que desaparecen cuando el cerebro sufre una lesion destructiva, y que el cerebro pertenece á la fisiología. Separar el órgano y la funcion es hoy una imposibilidad doctrinal." (1) No examino aquí el fondo de la cuestion; noto simplemente el matiz de la doctrina expresada, y sobre ese matiz la duda no es posible. Aquí tambien la neutralidad es enteramente platónica é imaginaria.

Pero mientras la mayor parte de los positivistas se inclinan bajo la presion secreta de la doctrina, hácia al naturalismo puro y simple, otros se despiertan por un arranque inesperado, y parecen, á despecho de su pacto con la experiencia sensible, ceder á yo no sé qué llamamiento irresistible del más allá, atravesar por vivas intuiciones la frontera prohibida, y llevar su pensamiento á las regiones en que se ocultan las causas desconocidas. Es un movimiento inverso del que acabo de describir, movimiento curiosísimo tambien, y que prueba con esa nueva y más sorprendente contradiccion cuánto trabajo cuesta al positivismo mantenerse en su antiguo programa de abstencion completa, cuán difícil le es permanecer indeciso y suspenso entre la afirmacion y la negacion sobre las primeras causas, y por qué lógica inevitable obedece á ese dilema que le impone cerrar lo desconocido y poner lo infinito en la naturaleza, ó mostrar en los límites del universo la realidad ilimitada, el poder infinito, despertando así en el espíritu humano curiosidades indomables.

Para mostrar las irresistibles tentaciones de ese regreso hácia los dominios prohibidos por la ciencia positiva, no tenemos más que recordar el ejemplo de M. Comte en el segundo periodo de su vida filosófica, en que llegó á una especie de misticismo humanitario. Despues de esas soberbias declaraciones contra toda teología y toda metafísica, vuelve á una teología, y ¡qué teología! y le vemos al fin de su carrera creyendo en volunta-

(1) *Revista de filosofía positiva*, Enero de 1880, pág. 43.

des, cuando no habia creído hasta entónces más que en leyes, escribiendo en estilo de oráculo este verso que es un completo contrasentido con toda la filosofía positiva:

*Pour compléter les lois, il faut des volontés,*

señalando en el amor la finalidad universal, y fundando en fin la religion de la humanidad. ¡Qué brillante demostración de ese hecho psicológico con tanta exactitud señalado por un pensador contemporáneo: "Es tal la virtud de los instintos metafísicos, que si se arroja la metafísica del dominio de la creencia por la puerta de la ciencia, vuelve bien pronto por la de la poesía y del misticismo!"

El mismo M. Littré, voluntariamente encerrado en la esfera positiva, y aun inclinándose por una sensible preferencia del lado del mecanismo, parece que á veces cede al atractivo de las regiones misteriosas. Leamos esta página singular, que á pesar de la dureza laboriosa de estilo, recibe de la idea que expresa un reflejo de austera belleza: "Lo que está más allá de los hechos y de las leyes, sea materialmente el fondo del espacio sin límites, sea intelectualmente el encadenamiento de las causas sin término, es absolutamente inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nulo ó no existente. La inmensidad, tanto material como intelectual, se liga por un vínculo estrecho á nuestros conocimientos, y se convierte por esa alianza en una idea positiva y del mismo orden; quiero decir, que al tocarlos y envolverlos esa inmensidad aparece bajo su doble carácter, lo real y lo inaccesible. Es un oceano que viene á azotar nuestras riberas y para el cual no tenemos barca ni velas, pero cuya vision es tan saludable como formidable." (1) ¡Cuántas reflexiones podría despertar en nosotros esa realidad afirmada de un infinito "que toca y envuelve por todos lados nuestros conocimientos" y también sobre esa vision saludable y formidable que nos atrae y nos agobia! M. Stuart Mill ha tenido también esa vision; entrevé "hendiduras en ese muro que nos encierra," al través de las cuales penetra un rayo de esa luz que ilumina un exterior desconocido, y aun trata de mostrar que al apropiarse la filosofía positiva, puede uno figurarse en lo inconocible un dios que gobierna al mundo. "En cuanto á mí, dice M. Littré, no me aventuro tan lejos. Acepto las graves lecciones que emanan de lo inconocible, que se opone directamente á esas tendencias temerarias, y se opone sin informacion ulterior, sin discusion y por su sola presencia. Me basta contemplarle en el trono de su sombría grandeza para librarme de todos los dogmatismos." (2) Esto no puede bastar á todo el mundo; no es fácil librarse del todo en frente de semejantes visiones.

Nadie entre los pensadores más ó ménos directamente salidos del positivismo, ha aceptado más valientemente la necesidad de esa concepcion de lo inconocible y de las consecuencias que implica; nadie ha precisado más clara y resueltamente su alcance y sentido verdadero, que ese vasto y poderoso espíritu, M. Herbert Spencer. Pero esto es al mismo tiempo la destruccion lógica del positivismo. Hé aquí el resumen exacto: Los argumentos con cuya ayuda se demuestra que lo absoluto es inconocible, expresan imperfectamente la verdad; la expresan únicamente bajo el aspecto lógico; bajo el aspecto psicológico es diferente. Todas las proposiciones de este género omiten ó más bien excluyen un hecho de la más alta importancia. Al lado de la conciencia definida cuyas leyes formula la lógica, hay una conciencia indefinida que no puede ser formulada; hay todo un orden de pensamientos reales aunque indefinibles, que son afecciones normales de la inteligencia. Dícese que no podemos conocer lo absoluto; pero decir que no podemos conocerlo, es afirmar implícitamente que lo hay. Cuando negamos tener el poder de conocer la esencia de lo absoluto, admitimos tácitamente su existencia, y este solo hecho prueba que lo absoluto ha estado presente al espíritu *no en calidad de nada, sino en calidad de algo*..... Un sentimiento siempre presente de existencia real y sustancial, forma la base misma de nuestra inteligencia. Lo relativo es inconcebible si no está en relacion con un absoluto real; de otra manera ese relativo vendría á ser absoluto y reduciría el argumento á una contradiccion.... Al examinar la operacion del pensamiento en sus condiciones y en sus leyes, vemos igualmente cuán imposible es para nosotros des-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 505.

(2) *Revista de filosofía positiva*, Enero de 1880, pág. 49.

hacernos de la conciencia de una realidad oculta tras las apariencias, y cómo de esa imposibilidad resulta nuestra creencia indestructible en esa realidad. (1)

En ese firme realismo, opuesto á la filosofía disolvente del fenomenismo universal; en esa imposibilidad de concebir lo relativo sin relacion con un absoluto real, ¿no se creería oír como un eco lejano, pero todavía poderoso, de la célebre teoría de Descartes sobre lo necesario que supone lo contingente, sobre lo infinito que lo finito reclama como último término y como supremo apoyo de las existencias, como la realidad suprema de la cual están suspendidas la cadena de las ideas y la de los mundos? Es curioso que el filósofo más atrevido de la escuela experimental sea quien establece tan claramente esa doble imposibilidad, la imposibilidad lógica de lo relativo solo si no está en relacion con un absoluto real, y la imposibilidad psicológica en que estamos para deshacernos de la idea de la sustancia y de la causa, del *noumeno* de Kant, nombrado siempre como antítesis del *fenómeno*, siempre y necesariamente pensado como el principio del ser y de la razon. Esa vuelta á la metafísica era inevitable desde el momento en que se dejaba subsistir en los últimos límites del saber positivo, ese misterioso más allá, sea la inmensidad vagamente mostrada por M. Littré, á cuyo borde se esfuerza en vano por retener al espíritu humano, sea esa region de lo inconocible en donde Stuart Mill y Herbert Spencer colocan el principio anónimo de las cosas, la fuente inagotable de la fuerza. En vano se declara real y al mismo tiempo inaccesible ese principio. Desde que se le proclama real se le conoce de alguna manera, y desde que se le concibe ¿cómo impedir que el pensamiento se lance hácia él, aun cuando tuviera que estrellarse contra "el muro insuperable" que Stuart Mill nos ha señalado, ó que naufragar en ese abismo que M. Littré nos veda, sea el vacío infinito que se abre en el límite de toda ciencia, sea "ese oceano que viene á azotar nuestras riberas y para el cual no tenemos barca ni velas?"

No hay más que un modo de suprimir esas tentaciones, esas inquietudes siempre renacientes del espíritu y exorcizar definitivamente ese espectro de lo absoluto que viene á asediarnos sin cesar, y es negar resueltamente. No se puede en verdad prohibir al pensamiento la investigacion de las causas primeras sino declarando que no las hay; pero entónces es otra especie de metafísica, una metafísica inversa. Negar toda causa primera es también un dogma, aunque negativo, lo que ni la filosofía de Comte ni el espíritu positivo de su escuela querian admitir. ¿Qué sucedió, pues? Que desde la segunda generacion de esa escuela, un gran número de positivistas, tomaron el partido de salir de un estado de suspension quimérica é imposible, para afiliarse en la negacion pura y simple, y para escapar definitivamente de toda sospecha y de todo peligro de idealismo, se colocaron bajo las leyes más claras de Büchner y de Moleschott. Ha habido sobre este punto un encuentro inevitable y una alianza entre el positivismo simplificado y el materialismo científico; esta alianza dura todavía y aun parece consolidarse. Los partidarios refinados del positivismo suspensivo son más raros cada día.

Y no se piense que hayamos querido darnos simplemente el placer pueril de poner á una escuela poderosa en contradiccion consigo misma, al mostrar esa doble y contraria tendencia á que obedecen simultáneamente sus representantes principales, remontando los unos por el vuelo del pensamiento trascendente hácia la fuente superior de toda sustancia y de toda fuerza, y volviendo los otros á la inmanencia que ciega esa fuente y encierra todas las causas positivas en el seno de la materia eterna. De ninguna manera. Nosotros hemos presentado el espectáculo instructivo de esa oposicion de tendencias, nacidas de la misma escuela, para mostrar con un brillante ejemplo que el espíritu humano es de tal naturaleza, que no se le puede impedir, por más que se haga, el que dogmatice sobre la esencia de las cosas; que la filosofía positiva perseguía una quimera cuando asentaba su famoso principio "de la ausencia indivisible de afirmacion y negacion;" que ni uno solo de los representantes más conocidos de esa filosofía se ha mostrado fiel á tal programa; que todos en fin han afirmado ó negado algo más allá de los hechos sensibles y de las leyes, mostrando unos los problemas inaccesibles suspendidos ante el espíritu y atrayéndole más y más, suprimiéndolos otros y declarando sencillamente que

(1) *Primeros Principios*, cap. IV, págs. 93—103.

la creencia en esos problemas era la última superstición del espíritu humano. En ambos casos ha habido infracción evidente del programa primitivo de la escuela, y este hecho constante, en que se revela una ley del pensamiento, merecía seguramente ser señalado, cualquiera que sea por otra parte la conclusión que debe sacarse.—(Concluirá)

### REVISTA DE PERIODICOS.

Quéjase el *Positivismo* de que no entendemos sus pensamientos, y no halla de qué manera expresarse para que á pesar de nuestras preveniciones y mala voluntad decidida (de que carecemos por completo) los percibamos tales como son. Efectivamente, nada puede haber más desagradable para una persona que el no ser comprendida de otra con quien habla ó discute, y ahora nos formamos idea de lo que deben haber sufrido los poetas románticos, que se lamentaban de que nadie en el mundo los entendiera, á propósito de lo cual dijo el festivo Breton de los Herreros:

Entes son no comprendidos,  
Es decir, incomprensibles.

Porque en verdad, el no comprender á una persona puede proceder ó bien de que sea realmente incomprensible, ó de que lo que dice esté puesto fuera del alcance de aquel á quien se dirige. ¿En cuál de los dos casos nos hallamos? Vamos á ver si podemos penetrar el misterio.

Hemos dicho que nuestro colega, á pesar de su título y tendencias, no es positivista, y para asentarle no hemos hecho más que comparar su concepto de la doctrina con el que han tenido sus principales jefes, y poner en frente de los principios esencialmente empíricos y sensualistas del positivismo, la profesión de fe semi-racionalista de nuestro colega. ¿Hemos sido infieles en la exposición de ambas cosas? Apelamos al juicio del lector ilustrado que haya tenido paciencia para seguir el hilo de esta discusión, juicio que no es nada difícil haciendo una simple comparación. La definición que nos da el Sr. Dr. Parra del positivismo ¿se parece en algo á las que hemos citado de Littré, de Mill ó de Bourdet? Y si son enteramente diversas ¿pueden significar la misma cosa? Hé aquí toda la cuestión, perfectamente comprensible á nuestro modo de ver; pero lo que sí confesamos humildemente no poder alcanzar, es cómo se pueda pertenecer á una escuela cuya base fundamental se rechaza, y sobre este punto no tenemos dificultad en declarar que el Sr. Dr. Parra es enteramente incomprensible.

Otro tanto sucede en lo relativo al sensualismo y al empirismo: en la falsa posición en que se ha colocado nuestro entendido adversario, pugnando entre los instintos de su razón y las preocupaciones de su enseñanza filosófica, ha adoptado un medio que pugna con la verdad de las cosas, y es sostener que el positivismo no es empírico ni sensualista. Pobres, pobrísimos son los recursos de que se vale para sostener semejante paradoja, como sucede siempre que se lucha contra la evidencia. De los testimonios que le hemos presentado en favor de nuestra tesis, unos los rechaza, otros los interpreta y otros los omite. Pero ¿es este el modo de probar que se tiene razón? Si los autores del *Diccionario de las ciencias filosóficas* y del *Diccionario de Larousse* son ó no positivistas, es cuestión que no viene al caso; lo que debería examinarse es si lo que dicen es ó no exacto, si las doctrinas que definen y exponen son tales como han sido entendidas y expuestas por sus mismos jefes y partidarios, y nada más; pero hacer á un lado una definición ó una exposición simplemente porque el autor no pertenece á determinada escuela, nos parece un modo de todo punto inaceptable en el terreno de la lógica y de la razón.

El verbo *procurar* presentó á nuestro colega un asidero para dar á las palabras de Bourdet cierta interpretación enteramente contraria á su pensamiento. Este autor, como buen positivista, no es en el fondo más que materialista y ateo, ya que es preciso llamar las cosas por sus nombres, y quisiéramos saber cómo un materialista puede no ser sensualista y empírico. No es exacto, señor doctor, que lo que dice Bourdet signifique "que las percepciones son una de las causas ocasionales de los pensamientos ó de las voliciones," lo que dice es que las percepciones procuran unas veces voliciones, otras pensamientos y otras incitaciones motrices, es decir, que esos tres órdenes de fenómenos psicológicos reconocen por único origen la percepción, que á su vez procede de impresiones ner-

viosas, y esto significa dos cosas, que la percepción no es una sino la sola causa de los pensamientos, y que estos tienen un origen puramente sensible que es lo que sostienen los sensualistas. Para que el Sr. D. Porfirio acabe de desechar todo escrúpulo, pondremos ante sus ojos el siguiente pasaje del mismo Bourdet, en el artículo *Percepcion*. "Las sensaciones que experimentamos, dice, son producidas en imagen en las diferentes partes de la masa cerebral, y en la modificación de esas partes es donde encontramos las percepciones. Toda sensación supone estos tres fenómenos. 1.º impresión; 2.º trasmisión; 3.º percepción. La impresión es mecánica en el tacto, molecular ó química en el gusto y el olfato, y física para la vista y el oído; en fin, cuando tiene lugar en el mismo trayecto de los nervios de la sensibilidad general, se la llama patológica, es decir, dolorosa. La trasmisión es producida por la porción del hilo nervioso extendido entre el punto impresionado y el cerebro, y puede ser interrumpida ó atenuada por lesión, compresión ó ligadura en dicho trayecto. La percepción tiene lugar en la masa cerebral, hacia la expansión periférica de los elementos nerviosos; todo pensamiento y toda determinación son precedidos de una percepción variable según que procede de los nervios generales, de los sentidos ó del sistema sensitivo de los órganos de la vida de nutrición." Ahora, el Sr. Dr. Parra no tiene que hacer más que aplicar el método de diferencia de Mill, y encontrará que el pensamiento procede de una causa puramente sensible, ¿Han dicho otra cosa los sensualistas?

El sensualismo y el empirismo son hermanos gemelos, mejor dicho, son dos aspectos de la misma idea, de suerte que lo que se dice del uno puede decirse del otro, y aquí comprendemos bien al Sr. D. Porfirio, cuando negando al positivismo el carácter sensualista, le niega también el empírico; pero en esto notamos la misma falta de exactitud. Nuestro sagaz adversario hizo bien en no darse por entendido de estas palabras: *Todo conocimiento viene de la experiencia*; declaración categórica de Spencer, ese *enfant terrible* del positivismo, que parece haberse propuesto señalar las inconsecuencias y absurdos de la nueva escuela, poniendo en aprieto á sus partidarios. Pero ¿á qué andar citando autoridades lejanas? Cerca tenemos al Sr. Dr. Ruiz, quien ha compendiado en sus *Nociones de lógica* la obra de Stuart Mill, y no puede por lo mismo ser sospechoso de metafísico para el Sr. D. Porfirio. Pues bien, el Sr. Ruiz formula casi en los mismos términos que Spencer esta proposición: *Todos nuestros conocimientos se derivan de la experiencia*, después de haber explicado á su modo la procedencia sensible de las ideas de tiempo, de espacio, de causa y de sustancia. ¿Necesita más el Sr. Dr. Parra para persuadirse de que no hemos asentado una falsedad al afirmar que el positivismo es un sistema sensualista y empírico? Y siendo esto así ¿habrémos cometido algún pecado contra la lógica ó el sentido común, al asegurar que puesto que el inteligente doctor rechaza los caracteres genéricos de la escuela, no es ni puede ser positivista? Dispénsenos nuestro colega, pero cuando le oímos lamentarse de que no le comprendemos, antójásenos que él es quien comienza por no comprenderse á sí mismo.

Hablando de la deducción trae el *Positivismo* la siguiente rectificación que califica de importante: "Mill no rechazó la deducción, sino la mala interpretación que la escolástico nos legó de este procedimiento intelectual, y la substituyó con otra teoría fuera de toda crítica; léjos de rechazar el procedimiento silogístico lo estudió atentamente, reconoció sus grandes ventajas, y marcó sus verdaderos límites." Desde luego eso de que la teoría de Mill está fuera de toda crítica, no puede tomarse al pie de la letra después de las poderosas críticas de Stanley Jevons, Paul Janet y Brochard que de una manera victoriosa han puesto de manifiesto lo falso, lo anti-lógico y lo perjudicial para la juventud, de la teoría de Mill, como lo veremos á su tiempo. En cuanto á que los positivistas hablen de la deducción no significa mucho, pues aquí no se trata de la palabra, sino de la cosa misma. La deducción se apoya unas veces en las ideas generales ó racionales, y otras en las generalizadas ó abstractas, siendo de advertir que el verdadero fundamento de esta última, su legitimidad, está en la primera. Pues bien, los positivistas, que sólo admiten conocimientos experimentales, no pueden reconocer la deducción fundada en principios superiores á la experiencia, y á pesar de conservar la palabra llegan lógicamente á destruir la cosa confundéndola con la inducción. Tan cierto es esto, que aun á los mismos